

ANSELMO BARCIA

Páginas de familia

DE LAS RÍAS A LAS PAMPAS



Anselmo Barcia

Páginas de familia

De las rías a las pampas

Introducción

1. Las páginas vacías

En un cumpleaños veinteañero, mi abuelo Horacio Bermúdez Abente me entregó su regalo en silencio, los ojos brillantes, extendiendo sus manos hechas para acompañar ideas dignas y palabras tiernas. Se trataba de un libro encuadernado en cuero fino, que seguramente le había costado más de lo que podía pagar, y contenía páginas en blanco que, como me dijo casi en un susurro que escondía el orgullo y la esperanza ante su primer nieto americano, yo debía empezar a escribir cuando el día llegara. Quiso la fortuna o la timidez que ninguno de los poemas de amor o despecho que escribí de joven me pareciera tan definitivo como para merecer ubicarse en esas páginas que se libraron así de infortunios demasiado íntimos para compartir y de versos demasiado dolientes para perdurar. Durante décadas, esas páginas esperaron sin huellas, envueltas en su fino cuero, como un santuario al que nunca me atreví a ingresar. El libro me observó año tras año desde distintos estantes de las sucesivas bibliotecas, siempre en un sitio de honor, expectante.

Las ilusiones que, para mitigar su desarraigo, la familia del abuelo Horacio depositaba en sus retoños americanos se me fueron imponiendo como misiones morales, a veces desmesuradas, que debían honrarse. Algunos éxitos en los estudios y el trabajo, por ser más visibles y augurar prestigio, fueron difiriendo el desafío de llenar aquellos íntimos espacios en blanco. Carente de premios que lo justificaran y opaco al mérito, ese camino interior no resistió el aparente brillo de

logros más convencionales que prodigaban el colegio, la universidad, la profesión. Y los años pasaron con las páginas en blanco.

Un día, al mirar en la biblioteca aquel lomo de cuero, sentí que ese momento tan esperado había llegado. Que era tiempo de honrar aquella confianza que me había ofrecido el abuelo. Había pasado medio siglo de aquel regalo, medio siglo de palabras y palabras escritas en papeles sueltos sin hogar final. Entonces vi, de golpe, que yo era, junto con mi hermano Eduardo, el último eslabón entre dos memorias familiares, y que no nos pertenecían del todo. De un lado, los vestigios gallegos fijos para siempre en fotos y recortes; del otro, el moderno acontecer de hijos y nietos, donde habita el indócil presente, movedido y disputado por efímeras noticias de internet.

Comprendí, como si se tratara de una última misión, que debía llevar historias y recuerdos al libro secreto del abuelo para que no murieran conmigo y pudieran trascender a sus nuevos dueños, los hijos y nietos, pero sabía que todo lo que debía volcar en esas páginas nacería con algunas irremediables carencias. Sabía, por ejemplo, que mi pobre lengua porteña quitaría frescura a relatos que clamaban por gracejos españoles o por las trampas del pícaro lunfardo cuyo canto soy incapaz de traducir. También sabía que no me fue dada una pertenencia plena ni a la tierra de los ancestros que quedó atrás ni a la que habito.

El Buenos Aires donde crecí y me eduqué es, a veces, también un lugar remoto. Aún son caras, pero cada vez más lejanas, la Europa que aún resta en sus calles, la España que arrastro y hasta las pampas que frecuento. Es tarea ardua navegar entre trozos de vida a la deriva por la vasta ciudad. En cada uno reinan códigos previsibles y obligatorios. En conjunto, suman una cultura informe, ingrátida, fracturada, en que cuesta hallar la densidad necesaria para compartir tradiciones y descubrir significados comunes. De tanto en tanto parecen ajenas las versiones prevalecientes de lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo, lo civilizado y lo bárbaro. Es otra distancia que, además de la lengua, limita mi relato argentino. Por su parte, la Galicia real es menos múltiple, más contundente y fatal, pero en América no es más que residuo, evocación o mito. La gran ciudad anónima en que vivo

diluye los relatos del terruño que me fue legado, pero no viví. Dos son demasiadas patrias para que sumen una. A veces, son también diversos los significados de las mismas palabras para que digan lo cierto.

Tales carencias de lenguaje y pertenencia son los riesgos de este intento por rescatar una historia familiar. Pero juzgué que no tenía el derecho de llevármela para siempre con la excusa de mis insuficiencias. Por eso me impuse, con cierta ingenuidad, paliar la orfandad que amenaza a mis hijos, como a todos los hijos, contenida en un presente sin pasado. Tal vez sea inútil la esperanza de legar, a la vez, imágenes arrancadas al olvido o la fantasía. Puede ser fruto de una vanidad que no encuentra otro camino para sobrevivir. O, quizás, la ilusión de seguir acompañado por antiguas voces que quise y admiré, pero que hablan desde muy lejos ya. La única certeza que puede justificarla en el fondo no es de nadie, solo un racimo de sonrisas y dolores que no merecen perderse por el mero hecho de ser pasado.

Tuve el privilegio de presenciar algunas pocas escenas contenidas en estas páginas. Tuve también el presentimiento de que pude haber estado allí en otras. En cuanto a aquellos episodios cuyo lugar o tiempo me excluyen, preferí la conveniente indulgencia de conjeturar los tramos ignorados a partir de los que son reales. Esa ficción seguramente incluye la verdad y acaso la exceda sin traicionarla. En ninguna de estas páginas impera la fidelidad histórica por sobre la gratitud o la admiración. Tardíamente comprendí que un evento existe según quien lo recoge. Sé que la riqueza o pobreza de las palabras vertidas en el libro vacío de lomo de cuero del abuelo no pueden sino obedecer esa ley de la soledad: cada uno lee en lo mismo algo distinto, solamente suyo. Única es la persona y no sus eventos, único es quien escribe, únicos fueron cada uno de los personajes, único será cada lector. No debe angustiar que el pasado no quepa en un relato de hoy, por más devoción que lo inspire, ni que los hijos lean lo mismo que un padre escribió.

Como todos, al irme llevaré conmigo estas palabras. Pero dejar sus rastros sobre las páginas del libro que me regaló el abuelo me ofrece el consuelo de que acaso nuestros mayores no mueran del todo si alguien un día las lee y las recrea.

2. Junto al lecho

Estoy junto a la cama donde mi madre de cien años, sin volverse y con los ojos aún cerrados, sonrío soñolienta al advertir mi cercanía. Recorro como todos los días su último paisaje, el dormitorio al que se redujo “su casita”, el departamento de Rodríguez Peña y Arenales comprado en los '60 por mi padre, pagando mes a mes sus cuotas con sacrificio. Allí, mamá fue feliz, allí están las pocas cosas que ahora importan. Las demás quedaron en lugares a los que nunca volverá: Tetuán, Mugía, La Pastora y los restantes ambientes de “su casita” detrás de la puerta cerrada del dormitorio.

En el living, donde aún manda silenciosa la chimenea, cuelgan intactas las seis condecoraciones con que Alfonso XIII premió a la abuela Ica, esa abnegada enfermera durante la guerra del Rif, sin saber que era republicana. Y también los cuadros que Colmeiro, amigo del exilio del abuelo Horacio y carente de otro recurso que su pincel, le regaló a mamá para su boda.

Tras la puerta corrediza, en el contiguo escritorio cuya *boiserie* costó debates inolvidables, el sillón ahora vacío desde el cual mamá saludaba nuestra entrada y, sobre todo, nuestra salida, aún enfrenta la constelación de fotos que, desde la lejana muerte de papá, en 1970, comenzaron a poblar los estantes de la vasta biblioteca y a ocultar libros leídos con devoción en otros años. Sobre esos anaqueles, creció la familia que mamá visitaba todos los días, reuniendo, enmarcados en plata, a los seres perdidos con los llegados después. Ella amó a todos quienes, siempre presentes, conviven allí, algunos sin haberse siquiera conocido. Están el enhiesto abuelo Horacio y la bonita abuela Ica; la pequeña tía Natalia, siempre alegre a pesar de la pérdida de dos de sus cuatro hijos, inseparable compañera de lectura española y de relatos familiares de Mugía; mi padre, firme como siempre, pero con un esbozo de sonrisa que pocas veces solía conceder; la bondadosa e inteligente abuela Pastora que, viuda a los veintitantos, crio a mi padre y su hermano y defendió La Marta vendiendo sus escasas joyas; Payuyo y Alberto, hermano y primo de mi madre, muertos demasiado

pronto, espléndidos en su eterna juventud; su hermana Pachuca, compañera de la vida, y Tacha, tan alegre como su madre Natalia. Los acompaña el simpático tío Daniel, su querido hermano que jugó a la paleta hasta la edad de 92. Y estamos Eduardo y yo, y las nueras Kitty y Magdalena de blanco en sus bodas, y las siete nietas rubias (“divinas, celtas”, como siempre las llamó mamá) y los bisnietos creciendo. En suma, los Barcia y los Bermúdez que ama y que la aman, que amó y la amaron siempre. Sobre el sofá lateral del escritorio, con su austero marco de madera y el convincente blanco y negro de la fina pluma de Castelao, cuelga su *Romería gallega*, que siempre nos acompañó, y que, también, como Colmeiro, regaló para su boda a mi madre, hija de su compañero de exilio.

En su dormitorio, del otro lado de la pared, la cabecera de bronce, clavada bajo un grabado de La Virgen y El Niño, impone el recuerdo del lecho matrimonial que compartió durante veintisiete años y hospedó, muerto mi padre, otros cincuenta de noble soledad. Más allá, el *dressoir* de tres espejos que reflejó los amplios ojos verdes del rostro más hermoso que jamás conocí.

Una de las mesitas de luz francesas guarda lo esencial, los anteojos de cerca que casi no usa, y los de lejos que le arriman la reciente compañía de la televisión que siempre antes despreció, pero también el otoño y la primavera del enorme plátano de la calle bajo el balcón. También están sus documentos, sus medicinas, las obras completas de Rubén Darío señaladas en el poema “Sonatina” que aún recita de memoria y un libro de Irene Nemirovski, el último que le regalé, el último que pudo leer. Sobre la mesita, una cautivante foto de niña en su Marruecos natal ya contiene en la mirada tímida y profunda el encanto que, sin asumirlo, la acompañaría de por vida. Otra foto recuerda nuevamente a Payuyo, su admirado hermano muerto a los 32, que los sábados nos compraba globos y nos llevaba a los jardines de Palermo en su Citroën de segunda mano. Sobre la otra mesita reposa una gran foto enmarcada en plata de su casamiento en Las Victorias, un lejano 18 de mayo de 1943. En esa foto, Anselmo Barcia Insua, el apuesto médico de 34 años, sale todos los días del templo

por el pasillo central de la mano de María Victoria Balbina Isidora Marta Bermúdez Lemos, de apenas 19. En esa foto, los concurrentes admiran boquiabiertos el ángel sin par de la novia, Curra, como la llamaron sus padres desde la niñez de Tetuán y como todos después la conocieron. Allí, desde el momento que retrata esa foto, comienzan hacia atrás estos recuerdos.

3. Los puertos

Como toda familia de inmigrantes, la mía tuvo también dos historias precedentes: una propia, en Galicia y Marruecos, previa a la partida, y otra ajena en América, previa a la llegada. Entre dos puertos, el barco del inmigrante suele apretar en su bagaje la primera historia, destinada a repetidos relatos condenados a diluirse en recuerdos y mitos, y fantasea la historia que lo espera y que ignora. Entre una y otra historia, el tiempo trama la inevitable sustitución que aleja aquella, la propia, y hace propia esta, la ajena.

Las familias de mi padre y de mi madre compartieron por generaciones, sin advertirlo, los caminos de Mugía, en la íntima ría de Camariñas, provincia de La Coruña. Como las demás rías altas, la mansa laguna de mar, bordeada de playas de blanca arena y pinares, está protegida del furioso océano por dos brazos de piedra. Las olas impiadosas de la Costa de la Muerte se estrellan contra los peñones que, a un lado y a otro de la peligrosa boca, al pie de los acantilados donde vigilan los faros Villano y De la Barca, resguardan a las villas marineras de Camariñas y Mugía. Al fondo de la ría, detrás de playas y bosques, a minutos de marcha desde el puerto de pescadores, está el monasterio medieval de San Julián de Moraime y, en esa parroquia, las aldeas de Oruxo y Los Molinos, hogares de labriegos, carpinteros y algunos pocos comerciantes. En esos escasos kilómetros del municipio de Mugía, que comprende la villa misma y las aldeas de labradíos, residían las familias de tres de mis cuatro abuelos. La cuarta era de Vigo, “una ría en serio”, como decía mi

abuela Ica que allí nació, y reforzaba con el latiguillo “¿sabes que es el puerto natural más grande del mundo?”.

Sin embargo, ninguna cercanía pudo vencer las distancias pre-
valescientes de la cuna y los destinos. Aparte de los dimes y diretes
pueblerinos, las familias se conocían apenas de vista. Así, alternaron,
cada una en su mundo, los pinares y las contadas callejuelas de Mugía.
Solo la inmensa Buenos Aires, detrás del Atlántico, consiguió unirlos.

Los Barcia Quintáns, los Insua Miñones y los Bermúdez Abente
debieron dejar sus tierras vecinas, que eran sus patrias, en distintos
tiempos y por distintos motivos. Nacido en 1849, José Barcia Quintáns
cruzó el océano probablemente a los 16 años. Salió joven de Oruxo,
empujado por la pobreza y atraído por la ilusión americana. A diferen-
cia de los campesinos más miserables, por ser agricultor y de familia
propietaria, pudo percibir con claridad que en sus pequeños labradíos
no había ya espacio, ni frutos, ni futuro para los ocho hermanos. Pero
intuyó que podría haberlos detrás de un último sacrificio, la aventura
de la emigración.

Perfecto Insua y Generosa Miñones, de Los Molinos, embarcaron
a fines del siglo XIX hacia el mismo puerto y con parecidas ilusiones,
con cinco de sus seis hijos, Pastora entre ellos. De buen pasar, no
escapaban de la pobreza de Los Molinos sino a buscar para sus nego-
cios un mejor horizonte en el promisorio Buenos Aires. Dos de sus
hijos eran médicos recibidos en Santiago de Compostela, uno quedó
en la ría.

En 1936, primer año de la Guerra Civil española, el abuelo Horacio,
natural de Mugía, republicano de Azaña, recibido también en Santiago,
masón tibio y amante de las ideas, logró fugarse de un “paseo” tramado
por la Guardia Civil de La Coruña y embarcar en Cádiz para Buenos
Aires con un salvoconducto dudoso. Hija de médico, nacida en Vigo,
condecorada enfermera de la Cruz Roja en la Segunda Guerra de
Marruecos, la abuela Ica, ya casada con Horacio, cruzaría pocos años
después el mismo mar con tres de sus cuatro hijos para reunirse con
su marido en Buenos Aires, abandonada ya la esperanza de su retorno,
aceptada la fatalidad del exilio. La previsora Ica había mandado antes

a su hijo Payuyo para evitar que lo reclutaran y debiera marchar al frente al cumplir 14 años.

A veces imagino que un mismo barco fue rescatando a todos de lugares queridos en diferentes momentos, con la misión de fundar mi familia en Buenos Aires. Aquí esperaba la segunda historia, la que otros habían hecho antes de su llegada, tal vez con durezas e injusticias similares a las padecidas. Todo inmigrante sabe que ese es el precio de su aventura. La meta del Barcia campesino fue salir de la aldea; la de los Insua Miñones, fue el progreso de su comercio; la del Bermúdez, lector de Ortega, fue la libertad. Los años y la casualidad hicieron posible que crearan una misma familia que llevó el apellido Barcia.

La Argentina fue para ellos el refugio donde nada sería ya inexorable y, a la vez, fue la inmensidad desconocida e intimidante de una vasta ciudad y de la pampa, que remplazaban a los caseríos de la ría, y a los pocos pasos que los separan. Distantes en la antigua vecindad, cruzaron el Atlántico para conocerse. Dejaban el mundo de Mugía y La Coruña, siempre parroquial, para llegar a la Argentina, siempre excesiva. Los inmigrantes llegaron al mismo puerto, pero en distintas épocas. Así como dejaron diferentes España, encontraron diferentes Argentina.

Cuando llegó, en 1865, José Barcia conoció un pueblo que bullía y, detrás, las desoladas llanuras del Tuyú y del Quequén. Comenzaría sus andanzas americanas en una de las dispersas casas de negocio rurales, concurridos lugares de encuentro, noticias y duelos a cuchillo cuyas pulperías suplían la ausencia de poblados. Treinta años más tarde, los Insua Miñones conocieron la ciudad de casas bajas italianas y comercio español que compartieron en los entornos de la Avenida de Mayo, y las inaccesibles mansiones y lujos franceses que solo podían ver de lejos. Los abuelos Bermúdez, más educados, pero solo un poco menos provincianos, desembarcaron en 1936 y en 1940 en una metrópolis cosmopolita, pródiga a la vez en cultura y rusticidad, en miseria y despilfarro. Todos en ella compraban, vendían o hablaban de dinero; algunos, los menos, leían las preocupantes noticias europeas. Según recordaba mamá, que había sufrido

el hambre de la guerra, cualquiera de los tachos de basura porteños podía saciar el hambre de un regimiento español. Los Bermúdez, sin arrojito ni comercio en sus venas, habitaron en Buenos Aires el mundo de los republicanos sin tierra, pobres de bolsillo, ricos de palabras, valores y nostalgias, cultores de rumores e ilusiones de un regreso imposible.

Las meras fechas de sus embarques dicen que la misma sangre de Mugía lleva más años de América en los Barcia que en los Bermúdez. Y también, por ello, más densidad criolla. Para los Insua Miñones, solo cambiaba el tamaño de los mercados.

La ría de un lado y la ciudad frente al río marrón y la pampa del otro fueron los puertos reales, las versiones familiares de España y la Argentina. Con el tiempo, Mugía pasaría a ser evocación desde Buenos Aires o peregrinaje en los contados retornos, ya no realidad; la metrópolis porteña y las llanuras fueron el presente vívido de los emigrados. Aunque contiguas en el tiempo, la vida dejada atrás y la vida por delante fueron alejándose una de otra, cada cual con sus reglas propias. La travesía del océano fue más que pura geografía, también fue quiebre y distancia entre dos mundos.

Así y todo, entre la nostalgia y la épica, resistiendo los imperativos inevitables de cada día, ninguna de las familias abandonó la educación de los hijos ni su inserción social. Fueron firmes consignas que ayudaron a subordinar el pasado al despótico presente, a adaptarse y echar raíces en ciudad y pampa. Los hijos no debían repetir las mismas carencias de sus padres.

Detrás de cada puerto había sucedido una historia. La española, que los abuelos habían habitado y ahora despedían, y la argentina, que los esperaba y desconocían. Pero, naturalmente, una y otra historia llegaron a cada abuelo del diverso modo que imponían la época de sus travesías y el firmamento en que vivían. Cada una tuvo sus propios escenarios, y en cada uno de ellos fueron a la vez víctimas y artífices.

4. Las familias

Mi hermano Eduardo y yo éramos solo Barcia hasta que la abuela Ica me preguntó a los 18 años, en vísperas de tramitar mi libreta de enro-lamiento para ingresar al servicio militar, “oye, ¿tú no tienes madre?”. La decisión de “tener madre” generó alguna complicación burocrá-tica, porque los documentos previos, en especial los certificados de escolaridad, no la tenían. El día en que mi hermano Eduardo y yo tuvimos madre, nuestros apellidos dejaron de entrar fácilmente en los miserables casilleros de las innumerables planillas que un argentino debe llenar de por vida para cualquier cosa. Sin embargo, tener madre nos gustó porque esa mujer merecía estar presente en todo cuanto hiciéramos, aun sobre un formulario.

Las familias de mi padre y de mi madre fueron vertientes bien distintas de nuestra formación; algunas veces se integraron, muchas más, alternaron, siempre impregnadas de austeridad.

Agrupo bajo el apellido Barcia a mis ancestros paternos, aunque hubo colaterales que no lo llevaran, y les asigno el estigma de la tierra, aunque algunos no vivieran de ella o no la tuvieran. Lo primero se justifica porque no es arbitrario llamar con el mismo apellido que subsistió también a parientes que no se llamaran así pero que, provi-nieran de las rústicas tierras de Oruxo o de redituables negocios en Los Molinos, esto es, de la pobreza o de la riqueza de la ría, quedaron unidos por un mismo propósito de progreso y por sus metas prácticas.

También parece justo asignar a los Barcia la consigna de la tierra porque fue, en definitiva, su origen y su legado. Desde aquella que en Oruxo se mide por metro hasta la del Tuyú y el Quequén, donde su cerco es el horizonte, la tierra de los Barcia acompañó y sobrevivió a todos los demás emprendimientos familiares. Entre ellos, a la próspera tienda La Reina, en que los Insua Miñones vendían las finas puntillas de Camariñas hasta que debieron cerrarla. También a la profesión médica que mi padre debió alternar con escapadas a Macedo para ayudar en el campo a su madre viuda, porque, como es natural, su profesión murió con él. Y a las mías de abogado y do-

cente, que cesaron con mi retiro. Lo que fue tierra en la ría volvería a ser tierra en la pampa.

En cambio, no hubo tierras en la familia de mi madre, ni allá ni acá, ni tuvo tiempo para compensar con años argentinos la inercia de su venerable pasado gallego. Agrupo bajo el apellido Bermúdez a los patriarcas Abente y otros ancestros, cuyos nombres perpetúan algunas memorias y monumentos en Mugía, La Coruña y Asunción. Los Bermúdez arrastraban educación y una respetada alcurnia civil, no hija de nobleza o de favores, sino merecida en profesiones, como la médica, y en cultura, como la poesía. Eduardo Pondal Abente, tío del abuelo Horacio, escribió las estrofas del himno nacional gallego.

Las privaciones y las nuevas prioridades que la emigración suele imponer igualando linajes, nunca alcanzaron a disimular del todo ese silencioso abolengo provinciano de los Bermúdez, jamás ostentado pero enraizado sin remedio en la ría, su pueblo y su lengua. Su obligado mundo argentino, acompañado por charlas republicanas de todo el día y lecturas y devociones compartidas, fue proclive a la resignación y, bien pronto, al injusto pero inevitable descubrimiento de que la cultura, las noticias y los valores ya no eran suficiente refugio, de que era necesario alimentar algo más que el espíritu. La abuela Ica lo sabía bien, mientras cocinaba su famosa empanada gallega, ajena a las reuniones republicanas o masónicas donde el abuelo Horacio conocía a deslumbrantes pensadores, científicos y políticos, o a las encendidas veladas con el galleguista Alfonso Rodríguez Castelao. Nada de eso remediaba que, en el sexto piso de su humilde departamento de Alsina 1138, la familia de seis debiera compartir el único baño o que los varones Payuyo y Daniel debieran dormir en el sofá-cama del pequeño living. Ni que mi madre, Curra, pasase temporadas en la casa de la tía Natalia, en Castelar, donde había espacio y jardín. Ni qué hablar de saciar el hambre atrasada de algún otro exilado, como Arturo Cuadrado que, a cambio de recitar sus últimos poemas y contar optimistas versiones de sus últimos flirteos, se instalaba a las once de la mañana y se iba después de cenar, sin saltarse plato alguno.

Por sensibilidad y por haberme privilegiado mis padres con una buena educación, yo fui más afín al mundo materno, más desenvuelto con las ideas que con el dinero que, aunque faltara siempre, jamás contaminó las charlas de familia. Los relatos e imágenes de los Bermúdez eran más seductores, más gratos y fáciles de acceder por mi juventud voraz que los austeros cuentos de los Barcia, casi siempre prácticos. Supe de nombres y gestas de tíos y primos Abente mucho antes de saber de su fama. Me atraían los comentarios sobre las lecturas que mi madre intercambiaba con la tía Natalia, aunque fuesen de Pío Baroja, que no era gallego, e incluso aunque no fuesen españolas.

Eduardo y yo envidiábamos la niñez feliz de los cuatro hermanos en las playas marroquíes que mi madre evocaba como sus años de oro. Y, aunque ella los detestara, admirábamos como una aventura los cruces de los lunes desde Tetuán a Algeciras para asistir al instituto en Gibraltar, y los viernes de regreso. Teníamos avidez por los relatos de la ría en los retornos del verano; esperábamos siempre el momento de las zambullidas del abuelo Horacio desde el muelle del tío Manolo Lastres, y sus dotes de gran nadador. E imaginábamos la casa que había construido sobre la plazoleta del Cabo da Vila, que después conocimos, con sus fondos hacia la playa del puerto donde flotan las gamelas con sus velas enrolladas. Más difícil, pero también fascinante, era vencer la discreción reservada por la abuela Ica a sus recuerdos como enfermera de la Cruz Roja en la guerra del Rif contra Abd-el-Krim. Pero lo que más cómodos nos hacía sentir con los Bermúdez era que, ajenos a los negocios y ya perdida España, cultivaban el íntimo deleite de los momentos familiares con o sin objeto: el mero cariño, los pliegues gratos de los pequeños eventos cuya agenda semanal el abuelo atesoraba y, por supuesto, los platos de la abuela y los libros que poblaban la biblioteca.

Fue mi madre quien, con los años, nos enseñó a inclinarnos ante los arduos sacrificios sin lustre de los Barcia y a comprender que, como en *La colmena*, de Camilo José Cela, la cultura de los Bermúdez no alcanzaba para comer. Ella, que nunca supo de números, nos confesó su contrición una tarde, ya muerto mi padre, por no haber sabido

valorar los enormes esfuerzos, la bondad y la inteligencia sin vanidades de la abuela Pastora, su suegra, la joven viuda que debió criar sola a sus dos pequeños y rescatar de las hipotecas la posición construida a lo largo de décadas por los Barcia. Desde entonces, viví con la culpa de no haber conocido los méritos del bisabuelo José y, sobre todo, de no haber concedido en nuestros almuerzos familiares de los domingos la admiración debida a la abuela Pastora, que debió actuar cuando la mujer aún carecía de derechos civiles y luchó para salvar sus bienes durante la crisis de 1930.

Así, pues, la historia de este libro se divide en esos dos mundos que un día se encontraron, el de los Barcia y el de los Bermúdez. Fue por el mero azar de un encuentro casual de mis padres en una reunión porteña de 1942 y de su amor instantáneo que, de esos dos mundos tan diversos e insuficientes, naciera uno solo. Agradezco el privilegio de haber crecido en la familia Barcia Bermúdez. En ella, mi hermano Eduardo y yo fuimos buscados, formados y queridos; fuimos objeto de las más profundas ilusiones de padres y abuelos; recibimos siempre más de lo que pudimos devolver; sentimos que no pudimos haber sido sino quienes somos. Ahora, en el último tramo del camino, hallé finalmente un remanso para preguntarme quién soy. Y vi lo que seguramente todos llegan a ver alguna vez. Que, por más dignos que hayan sido nuestros logros, no podemos adjudicarnos enteramente nuestras vidas. Que mucho de lo que somos fue alimentado con savia de los mayores, y fue posible gracias a sus esfuerzos y a sus ilusiones. Que ningún mérito es propio del todo. Ojalá estas líneas sobre el pasado merezcan un lugar en el futuro de hijos y nietos, y que valga confiarles su custodia.

5. Mugía

Como en cualquier poblado, el presente de Mugía incluye pedazos de su pasado. Unos, asentados en registros o publicaciones. Otros, convertidos en vivas tradiciones como la Romería de La Barca en se-

tiembre, el peregrinaje anual que conmemora el momento en que la Virgen bajó de su barca de piedra para consolar al apóstol Santiago. El presente puro es improbable, pues ni la economía ni el turismo ni aún la estable geografía son inmunes a ese pasado. Pero los datos del mero presente y del pasado registrado en él no dejan de ser precisiones que se van alejando de los recuerdos personales de los emigrados, siempre más generosos y propensos a la exageración y al mito.

En esos datos no están los ecos íntimos de un hecho propio, el hallazgo de una tarde, las adhesiones sin replazo posible que toda vida abriga. Pero, por ser oficiales y documentados, cada año se actualizan y perduran. Escritos y firmes, van prevaleciendo sobre los relatos, porque las memorias son frágiles y porque cuando muere un natural de Mugía ya no puede trasmitirlas a sus hijos. Así, esa savia guardada como lo más propio, en apariencia mucho más fuerte que las constancias indiferentes, es sin embargo precaria, sucumbe al tiempo y solo sobrevive en evocaciones cada vez más difusas, o en leyendas. Sin embargo, la evocación y la leyenda son los refugios del emigrado.

Mugía se llamó Muxía después de muerto Francisco Franco, cuando las regiones españolas recuperaron sus autonomías y sus lenguas. Antes, se la llamaba Mugía, y en casa siempre se la llamó así hasta que el galleguismo, ya libre, impuso su otro nombre. Mugía es el que para los Barcia y los Bermúdez reúne todos los recuerdos de España. Es el puerto de partida; no Vigo, La Coruña, Cádiz o Barcelona, de donde en verdad zarparon los barcos que trajeron a los ancestros: los muelles no son la alforja, solo ayudan a cargarla. Es el otro nombre de las rías; el que resume lo que quedó atrás y la distancia simplifica.

Allí, en la villa, está la casa de la bisabuela Balbina Abente Lago que los abuelos Horacio e Ica le construyeron con frente sobre la plazoleta del Cabo da Vila, donde nace la Calle Real. Allí se rezan aún los venerados poemas gallegos del tío Gonzalo López Abente quien dedicó a mi abuelo Horacio, su primo, uno de los más bellos, aquel que repite “voy a morir, llévame a donde amé y fui amado”. Allí se canta el himno escrito por el tío Eduardo Pondal Abente. Allí vigila el promontorio

de La Barca su vasto horizonte, las aguas bravas a un lado, las mansas al otro. Allí vienen las tormentas del nordeste en verano y del sudeste en el invierno.

Para nosotros, los argentinos, Mugía reúne ancestros y lugares diversos bajo un mismo nombre. Evoca a los doce hermanos Abente Lago y a sus descendientes: algunos de ellos, escritores y médicos ilustres; otros, solo pintorescos habitantes de la villa. Todos, señores y señoritos de provincia con bastante abolengo y no tanto dinero. Pero también evoca a los Barcia que labraron cansadas tierras en Moraime y Oruxo. Y a los Insua de Vimianzo y los Miñones de Los Molinos y Corcubión. Todos están en Mugía. Y Mugía es también Santiago de Compostela donde algunos estudiaron. Y La Coruña, Vigo o Tetuán, donde algunos vivieron y trabajaron, porque todos esperaban el feliz reencuentro de los veranos en la ría.

Toda posible evocación de nuestro origen converge en el nombre y la magia de Mugía, el exiguo retazo de La Coruña que condensa la familia. No porque Mugía fuese una sola, ya que la Costa de la Muerte que enfrenta el mar colosal difiere de su ría tranquila. Ni porque fueran iguales las durezas de las redes y tempestades y las del arado de palo y la siega, aunque a pescadores y labriegos acompañasen por igual las bolilleras que tejían las mismas puntillas y parían en parecidas camas de paja. Tampoco porque las familias de allí que hicieron mi familia de aquí nacieran en iguales cunas, habitaran culturas similares ni auspiciaran destinos comparables. Menos aún porque vivieran allí siempre mis ancestros, que supieron dispersarse, algunos para volver en los veranos y otros nunca.

La simple casualidad de que aquella tarde mis padres se conocieron en una fiesta mezcló familias que, en la ría del pasado, habían sido extrañas entre sí. Y les dio un vínculo que no tenían. Bajo el nombre de Mugía, se reunieron vidas que entonces se ignoraban, pero que, sin saberlo, habían compartido olas y peñones, playas y bosques y leiras, redes, alcurnias y sudores, letras e ignorancias, pasado y leyendas.

6. Abriendo el pasado

Estas páginas, largamente auspiciadas por los Bermúdez, nacieron sin embargo en La Marta, tierra de los Barcia. Llamadas por las ilusiones del abuelo Horacio cuando en mi juventud me regaló aquel libro vacío para que yo lo escribiera, impuestas por la misión de ofrecer un puente entre los míos y ancestros que no merecen ser olvidados, y urgidas por el ocaso de mi madre, último vínculo entre Mugía y el Plata, y por mi propio ocaso, la chispa que encendió ese fuego expectante apareció por casualidad en el estar de la antigua casona de campo de la abuela Pastora.

Al fallecer mi padre en marzo de 1970, mi hermano Eduardo y yo asomamos de golpe a las turbulencias de un país generoso y bárbaro a la vez, para las que claramente no estábamos preparados. Pronto aprendimos que esos riesgos y embates obligados nos acompañarían de por vida, que en la Argentina son un ecosistema tan normal como lo fueron los avatares de pulperías, indios y pampas baldías en la época del bisabuelo José y, por cierto, no más graves que la guerra y el exilio de los Bermúdez. Ambos hicimos lo que pudimos con nuestras carreras, con la administración de La Marta y La Pastora, con nuestros incipientes noviazgos y con el desconsuelo de mamá, que tardó mucho en recuperarse de su viudez.

Al separar patrimonios veinticinco años después, me tocó La Marta. Varios vendavales habían ido volteando los añosos árboles de su casco; cuatro décadas habían deteriorado su centenaria casona, deshabitada desde la muerte de la abuela Pastora, su dueña y su alma. Llevó lustros recuperar el antiguo glamour de la mansión, limpiar de troncos caídos y replantar las hectáreas de parque que la rodean. Recuerdo la emoción, aquel diciembre de 2007, al reingresar, junto con mi mujer Kitty y mis hijas Daniela, Carolina y Rocío, a los amplios ambientes por los que Eduardo y yo correteábamos de niños imaginándolos monumentales.

Fiel a su estilo, desde entonces Kitty no cesó de instarme, verano a verano, a escribir algo sobre La Marta y el bisabuelo José Barcia, cuyo

retrato quedó restituido a la cabecera del salón central. No podía ser que familiares y amigos nos preguntaran quién era verdaderamente ese hombre que nos miraba desde lo alto y no tuviéramos otra respuesta que la del parentesco.

Varias veces me propuse agregar al esfuerzo de haber revivido el pasado físico de La Marta la tarea de revivir también sus fantasmas. Pero no llegaba el día de atreverme, tal era mi temor a fallarle al pasado. Fue debido al encierro impuesto en 2020 por la pandemia del Covid-19 que hallé tiempo y fuerza para vencer aquella valla. Al abordar finalmente el desafío, hallé que debía contar algo de lo que nada sabía, como no fueran relatos de la abuela y de mi padre, en buena medida envueltos en la niebla con que la vida suele proteger a la niñez y la juventud contra las aburridas repeticiones de sus mayores. Casi nada sabía de la antigua vida familiar de los Barcia que no fueran memorias de niño, nutridas en los cuentos de los abuelos. Los dos años de la pandemia que causó más de 140.000 muertes en la Argentina y obligó a la reclusión, me dieron a la vez la oportunidad de hurgar en papeles y contactar por Internet con personas e instituciones que pude felizmente reencontrar en viajes posteriores. Gracias a sus inapreciables ayudas pude acceder a archivos, expedientes, museos, títulos de propiedad, publicaciones de época, registros, estudios y relatos, y encontré en ellos datos que, más allá de fechas, eventos y dichos, me permitieron conjeturar historias vivas.

La tarea de indagar antiguas páginas ajadas, en su mayoría manuscritas a pluma y tinta, tuvo el premio de hallar pistas insospechadas, a veces sostenidas frágilmente solo por una palabra borrosa que podría cambiar una biografía si no se la descifraba bien. Al relacionar esos rastros y, llegada la máquina de escribir, otros más modernos y legibles, fueron apareciendo como probables escenarios para animar los trazos muertos, y las personas reales comenzaron a aparecer. Empecé de cero a investigar los años gallegos y americanos del bisabuelo y, a medida que penetraba en documentos y referencias de allá y de aquí, fui descubriendo un mundo extraordinario que nunca debí haber ignorado.

Los simples nombres se fueron convirtiendo en protagonistas de hechos admirables, y los lugares, hoy rutinarios, en escenarios épicos. La familia de mi padre no cupo ya en La Marta. Al mismo tiempo, aunque no fueran por los mismos caminos, los Barcia y los Bermúdez tuvieron las mismas patrias y formaron una sola familia. Mientras descubría a los Barcia en Oruxo, en las llanuras salvajes y las pulperías perdidas de Macedo y Dorrego, donde los gauchos solían cruzar sus facones, necesité al mismo tiempo indagar a los Bermúdez en la villa de los poetas y los pescadores, en las playas marroquíes y en las ideas y el exilio. Mundos bien diferentes que, sin embargo, nacieron y terminaron en parecidas geografías.

La calidez de los Bermúdez, tan presentes en nuestra niñez y nuestra juventud, ayudó a ir más allá del humilde propósito inicial referido a La Marta para abordar la mucho más amplia aventura de alumbrar el pasado de las dos familias. A pesar de haber nacido en lugares vecinos de la lejana Galicia y estar destinados a confluír en América, los rasgos de unos y otros fueron tan diferentes que resultó natural y hasta necesario rescatarlos y exponerlos por separado para poder reunirlos en el libro vacío del abuelo Horacio que aún me esperaba, llamándome desde la biblioteca, detrás de su lomo de cuero.

Dado que este relato nació por accidente en La Marta y comenzó por los Barcia, su primera parte comprende las vidas de los ancestros de mi padre. Una segunda parte hace lo propio con los ancestros de mi madre. Como todas las biografías, las que aquí reúno incluyen solo las pocas huellas que encontré entre las que, a su vez, el mezquino pasado olvidó en papeles y relatos cuando sepultó todas las demás. Por eso, aunque los datos citados son casi siempre rigurosos, parece justo imaginar esta obra más como un anecdotario inconcluso que como una historia, ya que dista de ser exhaustiva. Estará siempre expuesta a noticias que pueden corregirla o ampliarla.